

## Nahuas de Tlaxcala (México) en el mundo globalizado: reflexiones a partir de 30 años de trabajo de campo.\*

David Robichaux

### Resumen.

David Robichaux Haydel.  
Realizó estudios de Historia en la Universidad de Nueva Orleans y Ohio Northern University donde obtuvo el título de Bachelor of Arts. Curso la maestría en Antropología Social en la Universidad Iberoamericana, donde actualmente es profesor-investigador, y obtuvo del grado de Doctor en Etnología por la Universidad París X. Sus temas de investigación son familia, parentesco, demografía histórica y etnicidad en los pueblos de la tradición cultural Mesoamericana.

Desde la Conquista -y con una notable aceleración a partir de fines del siglo XIX-, las comunidades del Centro de México cuyos antecedentes fueron *pueblos de indios* han sufrido profundos cambios, mientras que han conservado formas organizativas de gran arraigo, en una serie de procesos denominados “aculturación”, “modernización”, “desindianización”, “desarrollo” y “globalización”. El presente trabajo se inspira en una serie de reflexiones a partir de trabajo de campo realizado desde 1974 en uno de estos pueblos donde aún los mayores de edad hablan náhuatl. Versa sobre los cambios suscitados en la comunidad, a partir de mediados del siglo XX, como consecuencia de las políticas económicas del Estado mexicano.

Se pondrá énfasis en el giro que se dio con el abandono de las políticas de economía protegida del “nacionalismo revolucionario” y su sustitución por el modelo neoliberal adoptado a fines de la década de 1980. En la comunidad en cuestión los pobladores pasaron de ser carboneros a obreros textiles, albañiles y sirvientes, para convertirse en empleados en el sector informal o emigrantes ilegales a los Estados Unidos. Se ejemplificarán los procesos vividos con extractos de historias de vida de un grupo de parientes. Se concluye con unas reflexiones generales a partir de mis observaciones sobre el impacto del mundo globalizado sobre poblaciones de este tipo en México.

---

\* Este artículo se desarrolló a partir de una presentación en el I Congreso Latinoamericano de Antropología, Rosario, Argentina, 11-15 julio 2005. La investigación fue apoyada por una serie de financiamientos generosamente otorgados desde 1977 por la Universidad Iberoamericana, de los cuales el más reciente ha sido “Cambio y continuidad en el México rural” del cual somos responsables un servidor y el Dr. Roger Magazine

La región de Puebla-Tlaxcala. A aproximadamente 130 km. al este de la ciudad de México, después de ascender a los casi 3 000 metros de altura, se desciende al medio poblano-tlaxcalteca. Al igual que el valle de México, esta región se sitúa a unos 2 200 m. sobre el nivel del mar pero, a diferencia del primero, la población se concentra dispersa en varias ciudades como Puebla y Tlaxcala y zonas “rurales” densamente pobladas; tampoco se trata de un valle cerrado como el valle de México: al sur de Puebla se presenta un declive y Atlixco ya se encuentra a los 1 800 metros e Izúcar de Matamoros a los 1 200 m. La llanura termina en tupidos lomeríos que más lejos se convierten en la Mixteca, zona montañosa que forma una frontera efectiva. En sus límites occidentales, hacia el sur hay una cierta continuidad con una llanura en declive en el estado de Morelos. El medio poblano tlaxcalteca termina al norte con el bloque de Tlaxcala que lo separa del área que más al norte se convierte en los llanos de Apan. Hacia el este, a una altura un poco más alta, el terreno se convierte en una meseta, sensiblemente más árida que la región de interés, antes de toparse con las montañas con sus puertos que conducen a la bajada hacia la verde y húmeda vertiente que desciende a la llanura costera del Golfo de México.

Se trata de una región particular puesto que la ciudad de Puebla, fundada antes de 1550, pronto se convirtió en el primer centro manufacturero de América y en el siglo XIX el centro de una de las regiones más industrializadas de Latinoamérica. Puebla fue fundada en medio de los estados prehispánicos de Tlaxcala, Cholula, Totimehuacán y Huejotzingo con el doble propósito de controlar una zona de densa población indígena y de acoger la población española que no tuviera encomienda. Muchos de sus tempranos pobladores fueron artesanos tejedores, algunos de centros textiles como Soria.

La actividad textilera se daba en obrajes que se especializaban en lana y a través de gremios de tejedores que trabajaron primero la seda para cambiar al algodón cuando la primera fue prohibida alrededor de 1600. También surgieron otras ramas industriales, entre ellas fundiciones y actividades como la producción de vidrio, zapatos, sombreros, jabón y bizcocho para la flota española de las Antillas. Las materias primas e los insumos necesarios se surtían en gran medida en el hinterland de Puebla donde las haciendas y ranchos de españoles y los pueblos de indios producían ovejas, cerdos y trigo; otros insumos venían de más lejos, como era el caso del algodón. Casi sin excepción los pueblos prehispánicos, aunque sufrieron los estragos de las epidemias europeas, persistieron después de la Conquista y también proporcionaban otros insumos como carbón y leña, así como alimentos y mano de obra para la ciudad. Continuando con su actividad característica de género de la época prehispánica las mujeres rurales hilaban en casa para los tejedores de la ciudad. En distintas épocas de la colonial productos poblanos como telas de algodón, zapatos, sombreros y vidrio, entre otros, llegaban a plazas sudamericanas como Lima y Quito.

Lograda la Independencia, México adoptó una política de fomento industrial que se tradujo en el establecimiento en 1838 de la primera fábrica de hilados en las cercanías de Puebla, aprovechando la fuerza hidráulica de un río en un sitio que antes había sido molina de trigo. Ya para mediados del siglo XIX, Puebla contaba con más la mitad del total de husos de la industria

textil mexicana, fue calificado como el “Lowell de México” en referencia a un importante centro textil norteamericano en Massachusetts y su población había crecido de 70 000 alrededor de 1790 a 130 000 en mediados del siglo XIX. En 1871 se construyó la primera línea interurbana de ferrocarril entre Puebla y Apizaco, la que pronto se conectó con la que unió México con Veracruz, permitió a las fábricas de Puebla surtirse de algodón de otras regiones de México y de Estados Unidos y abrir mercados lejanos. Además, dio ímpetu al crecimiento de la industria textil regional y se construyeron nuevas fábricas en el estado de Tlaxcala a lo largo de corrientes de agua y con acceso al ferrocarril. Al estallarse el conflicto armado en 1910, la región comprendida entre los 60 km. entre San Martín Texmelucan y Apizaco y Atlixco hacia el sur era el sitio de una de las regiones más industrializadas de México. Todo esto favorecido por la presencia de numerosos pueblos de campesinos indígenas que, como en la colonia, constituían una enorme reserva de mano de obra barata.

La pujanza regional fue detenida por la inestabilidad política del período revolucionario que se inicia el 20 de noviembre de 1910 que dura hasta alrededor de 1920. Sin embargo, durante la Segunda Guerra Mundial, algunas de las fábricas regionales producían telas para los uniformes del ejército norteamericano. Al mismo tiempo, se acentuó el proceso de concentración industrial en el Distrito Federal y, aunque algunas de las fábricas decimonónicas, al no modernizarse, tuvieron que cerrar sus puertas en la década de 1960, la presencia textil en la región ha mantenido su importancia, a la vez que se inició un nuevo ímpetu de desarrollo industrial. Se comenzó a diversificar la industria con el establecimiento de una fábrica de la Volkswagen, así como las que se dedicaban a la construcción de piezas eléctricas, azulejos y electrodomésticos, entre otros rubros.

Todo esto se dio en un contexto del llamado nacionalismo revolucionario que favorecía al capital nacional que no dejó de realizar inversiones destinadas a un mercado interno en rápida expansión, gracias a la modernización del país y un ritmo de crecimiento demográfico de más de 3 por ciento anual. El anuncio de grandes reservas de petróleo en 1976 permitió profundizar en el crecimiento basado en el mercado interno hasta la caída del precio del oro negro en 1982 desató un proceso de macrodevaluaciones e inflación galopante que empujó al país a los brazos del Fondo Monetario Internacional con sus conocidas fórmulas de privatizaciones y recortes en el gasto público. La adhesión de México al GATT (ahora Organización Mundial de Comercio) a fines de la década de 1980 y la entrada en vigor del Tratado de Libre Comercio de América del Norte en 1994 tuvo un fuerte impacto en la industria textil y por ende en la región de Puebla-Tlaxcala. Se estima que se perdieron 100,000 empleos en este sector entre 1982 y 1994 (ver Rothstein, 2005) y, como en muchas partes, el país fue invadido por textiles baratos y otros productos asiáticos, proceso que no muestra signos de detenerse.

Después de un auge en las maquiladoras -fábricas en la frontera con Estados Unidos que aprovechan la baratura de la mano mexicana para el ensamble de productos con componentes importados- se ha registrado un estancamiento ante la formidable competencia china.

Como veremos en seguida, en todas las etapas de esta secuencia, los herederos de los pueblos de indios en esta región han resentido los impactos de estos procesos.

Los pueblos de indios de la región y sus transformaciones. Las actividades manufactureras de Puebla tuvieron desde sus inicios en el siglo XVI claras repercusiones en la economía de los pueblos de indios de la región. Se trataba de una enorme reserva de mano de obra barata gracias al hecho de que la mayor parte de los pueblos conservó sus tierras, aunque se establecieron algunas pequeñas haciendas de españoles en la región. En estas condiciones había una situación extremadamente favorable para la acumulación del capital pues las exigencias de salarios de los campesino-obreros que producían una parte de sus alimentos eran menores de las de proletarios urbanos y así los patrones se liberaron de la necesidad de cubrir todo el costo de la reproducción de la fuerza de trabajo.

No todos los pueblos entraron al trabajo industrial al mismo tiempo. Mientras que un censo de fines del siglo XIX muestra que más del 25 por ciento de los hombres entre los 15 y los 60 años de un pueblo cercano a Puebla estaba empleado como obrero, en otras comunidades como el protagonista del presente trabajo, este proceso no se dio sino hasta la Segunda Guerra Mundial. Y en otros todavía, la transformación de la economía campesina no fue por la vía obrera sino por una multitud de actividades muy diversas que, en gran parte, fueron posibles gracias a los ingresos inyectados en los pueblos de la región mediante los salarios de obreros que seguían viviendo en sus pueblos y producían una gran parte de sus alimentos ya que seguían produciendo el maíz. Raymond Buve (1975) que ha estudiado la Revolución Mexicana en la región, ha señalado cómo estos obreros-campesinos demandaron tierras en el subsecuente proceso de reforma agraria.

A pesar de las particularidades regionales y de la comunidad en cuestión, es bien sabido que en prácticamente todo el México, la endeble economía agrícola ha suscitado procesos de cambio de actividad y de migración en diferentes momentos históricos. Hoy en día, las categorías oficiales del INEGI (Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática) y de otras instancias gubernamentales han urbanizado y vuelto “mestizo” a la gran mayoría de México que en un pasado no muy lejano fue rural e indígena. Se han dado en muchas partes de México recientemente rurales e indígenas importantes procesos de modernización de la infraestructura, incluyendo la introducción de la electricidad, sistemas de agua potable, clínicas de salud, escuelas, la conexión al mundo a través de la televisión, el teléfono y hasta por internet, además de por autobús y el automóvil y hasta servicio de combi y microbús como existe en las urbes del país. Esto es particularmente el caso de la región y comunidad objetos del presente trabajo. Así, en un sentido se trata de comunidades que se han acercado a lo que se concibe como la vida urbana, no sólo porque ya tienen más de 2 500 habitantes, el umbral que establece el INEGI sino porque cuentan con servicios urbanos. Sin embargo, estas comunidades que otrora fueron pueblos de indios continúan a producir maíz -aunque también dependen de actividades no-agrícolas- y conservan sus estructuras organizativas comunitarias que durante la colonial fueron

impuestas sobre las comunidades prehispánicas, estructuras que comparten con pueblos emblemáticamente indígenas (ver Cancian, 1965 para un ejemplo en los Altos de Chiapas).

La investigación de Guillermo Bonfil (1973) en Cholula en la región en cuestión ha mostrado cómo, a pesar de la industrialización, estas estructuras siguen vigentes. En otro trabajo, he cuestionado los modelos que pregonan la modernización en comunidades de este tipo puesto que en lugar de desaparecer estas estructuras todo lo contrario ha sucedido (ver Robichaux, 2004). En miles de comunidades cuya historia se remonta a los pueblos de indios coloniales y a unidades sociales prehispánicas, cooperar en el sistema de fiestas religiosas y en la comunidad constituye una condición para poseer y gozar de propiedad. Esto es generalizado en numerosas comunidades en las inmediaciones de Texcoco, cerca de la ciudad de México y en pueblos en Tlaxcala aunque ya no se identifican como pueblos indígenas. A pesar de la Reforma liberal de 1857 que trató de abolir la propiedad comunal en los pueblos de indios, es la comunidad que sigue siendo la verdadera propietaria de la tierra. Sus miembros, mientras que cooperan para sostener el sistema ritual, conservan su membresía en la comunidad y, por tanto, el derecho a poseer propiedad en ella. Las necesidades estructurales de participar en sistemas de este tipo sirve para reforzar los lazos familiares a través de constantes préstamos y sus devoluciones, creando grupos y redes cuyas relaciones se caracterizan por una alta densidad de interacción. Estas redes constituyen el tejido de un complejo sistema de reciprocidad e intercambio en el cual operan decenas de millones de familias mexicanas de este origen y estas prácticas se alejan de la secularización y el individualismo pregonados por las teorías de la modernización en sus diferentes vertientes, incluso la postulada por Robert Redfield (1941) en su clásico estudio sobre el proceso de aculturación.

Un estudio de caso. Acxotla del Monte, Tlaxcala, donde desde 1974 he realizado trabajo de campo es una de las comunidades del tipo descrito en el apartado anterior. Tiene la particularidad, sin embargo, de haber conservado la lengua náhuatl hasta recientemente, pues todavía en la década de 1970, los niños se comunicaban en dicha lengua, cosa que ya no sucede entre los jóvenes menores de 30 años. Asentado a los 2 400 metros de altitud en la Montaña de La Malinche de 4 300 m. sobre el nivel del mar, el quinto pico de México, Acxotla se sitúa a sólo 20 km. de la ciudad de Puebla. Aunque antes de la década de 1940 sólo pude encontrar 3 casos de obreros textiles de Acxotla, la actividad manufacturera e industrial de Puebla ejerció una influencia en el pueblo: el oficio de todo el pueblo era la fabricación del carbón vegetal, esencial en algunas de las actividades mencionadas durante el período colonial, así como para las fábricas que usaban el carbón cuando en la temporada de secas (noviembre a mayo) no podían contar con la fuerza hidráulica. Además, dadas las jornadas de trabajo los obreros, hasta bien entrado el siglo XX sus familias se veían obligadas a comprar este indispensable combustible de la cocina.

Ya en la década de 1930 los carboneros encontraban dificultades por las nuevas medidas de protección del bosque pero con la Segunda Guerra Mundial y el auge industrial que ésta produjo en México al abrirse el mercado de Estados Unidos a los textiles, la economía local cambió de rumbo. Un importante contingente de hombres de Acxotla del Monte fue contratado en una fábrica textil de Puebla que producía tela para los uniformes del ejército norteamericano. Compartiendo cuartos o pequeños departamentos con sus paisanos, primero en Puebla y luego en el Distrito Federal en los 1970, los hombres de Acxotla pasaban la semana en el trabajo en

fábricas textiles y también en la construcción, como peones de albañil. Algunos se fueron quedando en las ciudades pero los más reprodujeron patrón de pasar la semana en la ciudad para trabajar en fábrica, regresando a la casa y familia en el pueblo con todas las obligaciones económicas y sociales que esto implicaba e implica.

El caso de don Felipe y de algunos de sus familiares ejemplifica lo que seguramente pasó entre muchas familias mexicanas de origen indígena campesino cuando en el período del “nacionalismo revolucionario”, caracterizado por una fuerte presencia estatal en la economía y el proteccionismo arancelario, México crecía rápidamente en un proceso que ha sido denominado el “Milagro Mexicano”. Don Felipe que nació a mediados de la década de 1920, había estado en la escuela pero no había aprendido a leer y escribir cuando fue contratado en la fábrica de Puebla en 1943. Más bien, de niño su padre lo había “alquilado” como boyero, y como tal debía cuidar el ganado de un campesino acomodado de un pueblo vecino ahí en los altos pastizales más arriba del bosque de La Malinche, a alturas de unos 3 500 metros sobre el nivel del mar. Su padre le cobraba el sueldo íntegro y así también fue el caso de otros muchachos en condiciones similares así como muchachas en el servicio doméstico en Puebla en esta economía rural de gran precariedad. Era un mundo de pocos años de escuela -si alguno- para los muchachos y probablemente ninguno para las muchachas hasta la década de 1950 (ver Robichaux y Méndez, 2005). Un mundo de elevadísimas tasas de mortalidad infantil y de mortalidad en general en donde todavía en la década de 1940 se daban brotes de viruela e incluso en algunos años murieron más de los que nacieron (ver Robichaux, 2004 Granada).

Pero cuando don Felipe le entregó a su madre cinco de los 20 pesos de su primera raya de la fábrica en 1943, se desató un proceso que tuvo repercusiones a muchos niveles. En primer lugar, marcó el inicio de una transformación económica caracterizada por el paso de la dependencia en la producción y venta del carbón y la agricultura milpera (agricultura maicera de temporal en policultivo con calabaza y frijol), a una dependencia cada vez mayor del trabajo asalariado. También potenció el tradicional control de la mujer sobre el gasto canalizándole recursos monetarios desconocidos hasta entonces. La madre de Don Felipe exclamó que cinco pesos era mucho ya que acostumbraba llevar el gasto semanal con un peso, pues la familia era autosuficiente en maíz, la base de su alimentación.

Esta nueva riqueza condujo a inversiones en varios rubros que no eran posibles en el pasado y que tendrían importantes consecuencias en el pueblo. Al casarse, don Felipe siguió la práctica, común del área mesoamericana, de traer a su pareja a vivir en la casa de sus padres (ver Robichaux, 2002 y 2005b). Su esposa pronto reemplazó a la madre como recipiente del gasto y dentro de la misma vivienda se fueron conformando dos hogares, es decir, dos unidades de consumo, la que correspondía al gasto de la suegra y la de la nuera. Sobraba el sueldo, gracias en parte porque Don Felipe fue dotado de algunas tierras al casarse y pudo producir desde recién casado una buena parte sino todos sus alimentos. Además, pudo ahorrar y hacerse de más tierras de modo que pronto no sólo tenía un sueldo relativamente elevado en una sociedad donde el consumo era mínimo, sino que comenzó a vender su excedente de maíz. Pudo establecer un molino de maíz y una tienda. Se hizo necesario que contratara a peones y para ello recurrió a un primo hermano que no pudo entrar a la fábrica porque era pobre y no tenía para dar la “propina” (coima) a los dirigentes sindicales que éstos exigían para poder trabajar.



Otra parte de la nueva riqueza fue para mejorar el nivel de vida de su familia de procreación. De los hijos de don Felipe 4 muchachas y 2 muchachos llegaron a la adultez, es decir a casarse. El número de sobrevivientes fue una consecuencia de la posibilidad de pagar a médicos y medicinas y reflejó un importante aumento en el tamaño de la generación pues sólo él y tres hermanas de los nueve hijos de sus padres llegaron a la edad de adulto. Otro factor que influyó en la baja de la mortalidad fue la campaña de vacunación del Ejército Mexicano que eliminó los brotes de viruela que todavía se presentaban en la década de 1940. Ejemplifica lo que pasó en el pueblo en los grupos familiares con la explosión demográfica que se dio entre 1929 y 1996 cuando la población pasó de 400 a 2400, incremento del orden que se registró en México durante todo el siglo XX (Robichaux, 1996). Se puede hablar de un importante aumento en el nivel de vida en un plazo muy corto. La abundancia no sólo permitió que los padres invirtieran en la salud de sus hijos como no lo podía hacer la generación anterior sino también en la educación de un mayor número de hijos que sobrevivieron. Y así lo hizo don Felipe pues tres de las cuatro hijas terminaron la normal y trabajaron como maestras. En el caso de los dos hijos el mayor terminó una carrera universitaria y se colocó como profesionista mientras que el menor terminó la normal y trabaja como maestra.

No cabe duda que el caso de Don Felipe es excepcional y no todos fueron tan beneficiados como él con la generalización del trabajo asalariado. Sin embargo, conocí al menos a una veintena de hombres de su generación que entraron a trabajar en fábricas en la década de 1940, que se hicieron de tierras y de ahí autosuficientes en maíz. Estos hombres también contrataron a peones para atender sus tierras y pagaron a albañiles para mejorar sus casas. Sus hijos también tuvieron acceso a mejores cuidados médicos. También pudieron dar escuela e, incluso profesiones, a sus hijos (ver Robichaux y Méndez, 2005).

El caso de don Felipe y sus contemporáneos de Acxotla del Monte representa un tipo de cambio económico que se produjo entre millones de familias mexicanas en el contexto de la profunda transformación que se registró en el país en la última mitad del siglo XX. Los beneficios más directos fueron para los obreros industriales, pero como se ha visto también se beneficiaron otros al encontrar ocupación en la agricultura gracias a las inversiones de los obreros en esta actividad. Y esto fue posible gracias a una política agrícola que se basaba en un precio de garantía de maíz. No obstante los alegatos en el sentido de que el precio controlado del grano básico fue en su momento una vía de explotación del campesinado (ver Warman, 1976) representó para la gente de Acxotla del Monte un estímulo para producir. Muchos de los primeros obreros, al igual que Don Felipe, invirtieron en el campo, comprando tierras y animales, haciendo terrazas para impedir la erosión y recuperando tierras erosionando, y creando empleo al emplear a sus coterráneos que no consiguieron o no quisieron trabajar de obreros. Muchos lograron la autosuficiencia en maíz, aumentando su capacidad de ahorro y atenuando sus demandas salariales ya que la agricultura cubría parte de las necesidades básicas de la familia. Parte de dicho proceso fue mediante la adopción de fertilizantes y la recuperación de tierras erosionadas. Así, los patrones no tuvieron que pagar todo el costo de reproducción de la fuerza de trabajo y su proceso de acumulación de capital se dio en condiciones sumamente favorables.

Mis estancias en el campo en 1974, 1975 y 1976 me permitieron observar de cerca cómo algunos de los habitantes de Acxotla del Monte reaccionaron al derrame de inversión gubernamental de la época de bonanza cuando México crecía al 7 por ciento anual, con una tasa relativamente baja de inflación. El gobierno “populista” de Luis Echeverría (1970-1976), con las políticas que fueron después tan criticadas por los ideólogos del neoliberalismo, implementó una serie de programas que favorecían el campo y la industria nacional. Llegaron los “ingenieros” de distintos organismos federales promoviendo una multitud de programas dirigidos al desarrollo rural. Aunque no todos fueron ingenieros, así los llamaban los campesinos de Acxotla del Monte. En uno de estos programas se proponía introducir un maíz híbrido que, por alguna razón rendía menos que el maíz criollo y sabía feo; además, para colmo de males, los burros y los caballos se rehusaban a comer el rastrojo. Otro proyecto contemplaba eliminar los bordes de magueyes en el ejido, un terreno en declive, por lo que se hubiera producido una tremenda erosión.

Aunque los campesinos indígenas -muy “inditos”, como dicen en México- siempre atentos y corteses, escucharon a los ingenieros, sus opiniones no siempre fueron favorables. En mis primeros días en el campo en 1974, cuando todavía no sabía cómo hacer conversación en un mundo tan diferente del que yo conocía, le pregunté a don Odilón si sus siete perros tenían nombre. Contestó: “Éste se llama “sargento, ése, “negrito” y aquél, “ingeniero”

-“¿Ingeniero?”, le pregunté “¿Por qué Ud. le puso “Ingeniero?” Sin titubeo alguno, contestó inmediatamente: “¡Porqué aquél es retependejo!”

Ante mis preguntas impertinentes, seguramente también me tenía como otro de tantos ingenieros. Sin embargo, a pesar de lo descabellado de algunos de ellos, no todos los proyectos del gobierno de aquel entonces pueden considerarse como “ingenieradas”. En varias ocasiones en la década de 1970 se organizaron programas en que pagaba a la gente, campesinos pobres y mujeres cuyos maridos estaban en las fábricas o la albañilería en la ciudad, a romper piedras y otras tareas poco calificadas para mejorar los caminos, en un programa de caminos de mano de obra. Estas mejoras permitieron después la más fácil entrada de vehículos y más tarde facilitaron la pavimentación de los caminos. También a través de organismos la Comisión de la Malinche y la Secretaría de Obras Hidráulicas se realizaron obras de conservación de suelos, contratando por meses, en repetidas ocasiones, a varias decenas de hombres. Algunas de estas obras permanecen hasta el día de hoy y parecen haber resuelto el problema de las “barrancadas”, tremendas avenidas de agua que bajaban con gran fuerza por las barrancas de La Malinche en la temporada de lluvias, erosionando la tierra. Los sueldos mínimos pagados a los contratados en estos programas sin duda tuvieron repercusiones en mejoras en la vivienda, la salud y la escolaridad. Y ni hablar de la introducción del agua potable y la expansión de la infraestructura escolar, que fueron costeadas en parte por el pueblo en parte por el gobierno federal. Todos estos proyectos, junto con el dinero gastado por los obreros en peones, trajeron como consecuencia crecientes niveles de vida en el pueblo de modo que todos fueron, en una medida u otra, beneficiarios de la industrialización y el crecimiento económico del país.

Estuve menos presente en la secuela de la devaluación de 1976 que rompió con 22 años de estabilidad monetaria, pues sólo visité la comunidad durante estancias cortas. Reanudé mis investigaciones en 1986 y a finales de los 1980 cuando todo el país sufría de la inflación galopante y constantes ajustes de precios y cuando en el Distrito Federal todo el mundo se quejaba de la crisis, lo que encontré en Acxotla del Monte fue motivo de una gran sorpresa: pude observar en muchos lotes cargas de tabique o de block y atados de varilla corrugada y en otros casas en construcción. Varias personas me comentaron que compraban una carga de tabique o varios bultos de cemento antes de que subieran nuevamente los precios. En el censo que realicé en 1987 pude constatar que en lugar de las 173 casas contadas en 1976 ya había 280, lo que reflejaba este auge en la construcción y el triunfo de la medicina moderna en la reducción de la mortalidad. Este proceso fomentó el empleo, a veces a maestros albañiles de fuera de la comunidad, pero algunos locales trabajaron con ellos y aprendieron el oficio.

El censo de 1987 mostró que se habían dado importantes mejoras en el nivel escolar: la secundaria (grados 7 a 9) se había convertido en la norma y que las muchachas terminaban dicho nivel escolar con prácticamente la misma frecuencia que los varones. También reveló importantes contingentes de estudiantes de preparatoria (grados 10 a 12) y de universidad, así como de jóvenes hombres y mujeres que habían terminado carreras universitarias o carreras como maestros normalistas (ver Robichaux y Méndez, 2005). Las muchachas adolescentes ya no se empleaban como sirvientas; las que no continuaban sus estudios

trabajaban en las fábricas que se habían establecido en el mismo municipio, gracias a la construcción a fines de la década de 1970 de una nueva carretera entre Puebla y Tlaxcala. La industria se había diversificada y entre las fábricas no sólo se habían establecido algunas de la rama textil, un feudo tradicionalmente masculino, sino fábricas de aparatos electrodomésticos y componentes automotrices para la Volkswagen de Puebla que contrataban a mujeres. Además, las conversaciones con la gente revelaron que, ante la perspectiva de ganar 60 por ciento anual en intereses, mucha gente había abierto cuentas bancarias, algo desconocido en este pueblo que el INI (Instituto Nacional Indigenista) había calificado de “indígena” en la década de 1950 (ver Robichaux, 1994)

Pero el censo de 1987 arrojó también un dato cuya consecuencia no fui capaz de entender inicialmente: encontré que mientras las proporciones de hombres entre 25 y 39 años empleados en la industria textil había aumentado, entre los cohortes de entre 15 y 24 años se había reducido drásticamente empleaban en comparación con mi censo de 1976. Cuando volví a levantar un censo en 1996 pude darme cuenta que lo que había observado en 1987 no fue simplemente un reflejo de la diversificación del empleo gracias a la industrialización regional y las nuevas oportunidades laborales surgidas a los mayores niveles educativos. La tendencia observada en 1987 se había profundizado en 1996 y la escasez de empleos estables se presentaba también en las cohortes de mayor edad (Robichaux, 2005a). Además, al analizar la información del censo sobre escolaridad se observó un empeoramiento en comparación con la fecha anterior. La secundaria seguía como la norma en 1996 pero en los niveles mayores las proporciones de chicos que seguían estudiando eran menores que en 1987 (Robichaux y Méndez, 2005).

Aún no he podido aplicar otro censo para confirmar estadísticamente el proceso de cambio radical con respecto a lo que observaba en la décadas entre 1970 y 1990. Sin embargo, en conversaciones con muchas personas, lo que se ha destacado es el hecho de que ya tienen hijos, esposos e incluso hijas en los Estados Unidos. Los pocos obreros - un manojo en comparación con más de 100 en 1987- que seguían trabajando en México, D.F. sólo permanecían en su empleo para recibir su jubilación y dar cobertura en el seguro social a sus familias (que paga todo gasto médico, incluso medicamentos) ya que con los mayores costos de renta y comida en la ciudad y el precio del transporte, apenas podían sobrevivir. A diferencia de los obreros que conocí en la década de 1970 que ganaban 500 pesos (US\$40) a la semana y que requerían de 100 para sus gastos semanales en el D.F. los pocos empleos estables en las fábricas cercanas pagan 350 a 900 pesos (US\$ 33 a 80, aproximadamente). Aunque no tienen que cubrir gastos de renta en la ciudad con precios de cuatro a seis veces mayores que en 1976, no hay posibilidad de ahorro. En el caso de muchas familias jóvenes trabajan marido y mujer que, de ninguna manera debe interpretarse como una mejora en la condición femenina sino como una necesidad para el mantenimiento de una familia. Se ha atrasado la edad de matrimonio. Todo el mundo tiene parientes indocumentados en los Estados Unidos y los más jóvenes expresan su deseo de hacerlo como única salida. Y esto en una región en donde, a diferencia de otras como Jalisco y Michoacán con sus largas historias de migración transnacional, la emigración a Estados Unidos era hasta hace poco extremadamente rara.

La gente decía a fines de la década de 1990 que ya no había trabajo para hombres sino sólo para mujeres, básicamente en los talleres de costura que se habían proliferado en los pueblos de Tlaxcala. Muchos de éstos eran del sector informal y los trabajadores trabajaban largas horas a destajo, sin ninguna prestación de la ley (ver Rothstein, 2005). Por otro lado, es significativo destacar unas de las nuevas fábricas en el municipio donde se empleaban algunos hombres del pueblo a mediados de la década de 1995 ya producía hilo de algodón para camisetitas para una empresa en Carolina del Norte que decidió comprar ese insumo en México para abaratar los costos. Así, el proceso descrito hace años por Tamara Hareven (1984) de la industria textil en Nueva Inglaterra que había pasado a Carolina del Norte-proceso que ahora llamamos “globalización”- había pasado de Carolina del Norte al Centro de México. En 2000 los obreros de esa fábrica, insatisfechos de las constantes colusiones entre empresa y líder sindical, intentaron destituir a éste. La lucha fue infructuosa y los “revoltosos” fueron despedidos y sustituidos por mujeres jóvenes que aceptaron sueldos más bajos. Así, se logró posponer la migración de esta actividad a China, como a sucedido como muchas de las plantas ensambladoras que se habían instalado a lo largo de la frontera con Estados Unidos. Pero me pregunto por cuánto tiempo más pueden tener empleo las mujeres porque con los sueldos chinos, seguramente esos empleos pronto estarán migrando hacia ahí, como antes habían migrado desde Nueva Inglaterra y Carolina del Norte, sobre todo con la reciente eliminación de las cuotas textiles. Y con esas migraciones de empleos, lo que se puede prever es una oleada continua de migración humana indocumentada a los Estados Unidos.

Dado el sistema de herencia partible con preferencia masculina, la triplicación de la población entre 1969 y 1996 ha tenido como consecuencia una menor disponibilidad de tierras per cápita. Si bien es cierto que muchos grupos familiares buscan producir suficiente maíz para cubrir sus necesidades -y las tortillas de maíz son presentes en las tres comidas del día-, los insumos (como fertilizantes o pagar a peones como hacían los obreros de antes) son tan caros considerando los bajos sueldos que nadie produce para vender como en la década de 1970. El precio del maíz ahora es el mismo que en aquellos años y hay personas que dicen que siembran para evitar que en las parcelas se enraicen de cizaña. Es difícil saber por cuánto tiempo más van poder aguantar en esta situación.

Reflexiones finales. En el medio poblano-tlaxcalteca, con sus fuertes raíces indígenas, la industria ha tenido una larga presencia y ha pasado por al menos tres etapas. La primera, caracterizada por jornadas de hasta 12 horas o más entró en crisis con la Revolución de 1910 cuando los obreros-campesinos de la región se sumaron a este movimiento social. Gradualmente, en la secuela de la lucha armada, se fue configurando en México el modelo denominado “fordista” por Harvey (1989) que México se conoció como el período de “nacionalismo revolucionario”. El Estado corporativista unipartidista abrazó una política de protección al capital nacional, a la vez que logró la participación estatal o la estatización de algunos sectores industriales. Pero al mismo tiempo, se implementaron políticas que dieron protección en el empleo y seguridad social a los trabajadores. En este contexto, los habitantes de la región fueron beneficiados pues, aunque los salarios eran bajos, muchos producían una gran parte de sus alimentos y la economía crecía. La tercera etapa, la actual, es la que Harvey (1989) ha denominada la de acumulación flexible, la que observamos ahora con la imposición del programa del Fondo Monetario Internacional y la ideología

neoliberal. En ella, el capital es más móvil y se traslada rápidamente donde los costos son los menores, sobre todo los de mano de obra.

Es interesante hacer notar que cuando se vendió el nuevo modelo dos aspectos clave del paquete de ortodoxia económica fueron la reducción del déficit para poder controlar la inflación y la eliminación de los subsidios del Estado, por ejemplo en la agricultura. Se trata de dos artículos de fe que supuestamente iban a traer la prosperidad a quienes siguieron esta doctrina. Sin embargo, al observar los enormes subsidios que otorga el gobierno de Estados Unidos a su propia agricultura y al escuchar a diario cómo va en incontrolado aumento el déficit de ese país, me pregunto en dónde queda ahora esa ortodoxia. Con esa tela de fondo y con los casos de las familias presentadas aquí es hora de cuestionar su científicidad. Un modelo de la realidad económica que produce resultados como éstos debe ser reconsiderado, sobre todo si comparamos sus resultados en la región y el pueblo del presente estudio con los de otro modelo de un pasado no muy lejano.

#### Bibliografía

Bonfil, G. 1973 Cholula: La ciudad sagrada en la era industrial. Universidad Nacional Autónoma de México México, D.F. Buve, R. 1975 Movimientos campesinos, caudillos y reforma agraria durante la Revolución (1910-1917) en Tlaxcala. *Bulletin of Latin American and Caribbean Studies* 18: 112-154.

Cancian, F. 1965 Economy and prestige in a Maya community: The religious cargo system in Zinacantán. Stanford University Press Palo Alto.

Hareven, T. 1984 [1982] Family time and industrial time. Cambridge University Press Cambridge.

Harvey, D. The condition of postmodernity. Blackwell Oxford.

Redfield, R. 1941 The folk culture of Yucatan. University of Chicago Press Chicago.

Robichaux, D. 1994 Clase, percepción étnica y transformación regional: unos ejemplos tlaxcaltecas. *Boletín de Antropología Americana* 30: 143-157.

Robichaux, D. 1996 Asalarización y edad de formación de la pareja: hacia una interpretación de la explosión demográfica en el México rural. *Sociológica* 32: 51-78

Robichaux, D. 2002 El sistema familiar mesoamericano: Testigo de una civilización negada". en G. de la Peña y L. Vázquez León (editores) : La antropología socio-cultural en el México del Milenio : Búsquedas, encuentros y transiciones. México: Conaculta/Fondo de Cultura Económica, pp. 107-161.

Robichaux, D. 2004a Dinámica de la población indígena en México: ¿ Recuperación de la población en el siglo XVIII ?, ponencia presentada en el VII Congreso de la Asociación de Demografía Histórica, Granada, España, 1 al 3 de abril 2004.

Robichaux, D. 2004b Ser indio, ser mestizo: Categorías cambiantes en el México contemporáneo. en S. Bonetto, M. Casarin, M. Piñeiro (eds.) Escenarios y nuevas

construcciones identitarias en América Latina. Centro de Estudios Avanzados/Universidad Nacional de Córdoba Córdoba (Argentina), pp. 319-335.

Robichaux, D. 2005a Familias nahuas en la edad industrial: Cambios y permanencias en la estructura y organización domésticas en Tlaxcala. en D. Robichaux (comp.): Familias en transición : Unas miradas antropológicas. México: Universidad Iberoamericana.

Robichaux, D. 2005b Principios patrilineales en un sistema bilateral de parentesco: Residencia, herencia y el sistema familiar mesoamericano. en D. Robichaux (comp.) Familia y parentesco en México y Mesoamérica: Unas miradas antropológicas. Universidad Iberoamericana México, D.F.

Rothstein, F. 2005 Parentesco y empleo femenino en el México rural: Estrategias cambiantes ante un nuevo modelo económico. en D. Robichaux (comp.): Familias mexicanas en transición: Unas miradas antropológicas. Universidad Iberoamericana México, D.F.

Warman, Arturo 1976 "...Y venimos a contradecir: Los campesinos de Morelos y el Estado nacional. Ediciones de la Casa Chata México, D.F.